

distribuyera la sustancia del pueblo entre las esclavas que le enloquecían con estudiados placeres, ó de que las rentas anuales de una provincia fueran el precio del collar que destinaba á la garganta de una odalisca de ojos negros! Las cabezas de los que tal murmuraran rodarian por el suelo, cualquiera que fuese su número, y no faltarian poetas que ensalzaran á las nubes las virtudes y aun la piedad del soberano.

Los cristianos representaban el triple entusiasmo de la religion, de la patria y de la libertad civil. Pues al paso que peleaban por la fe, luchaban por rescatar su nacionalidad, y ganando la sociedad ganaba tambien el individuo, y conquistaba franquicias y derechos. Este triple entusiasmo, en oposicion á la triple esclavitud de los musulmanes, necesariamente habia de infundir mas vigor en aquellos. Los viejos cronistas han hecho mal en recurrir al milagro para explicar cada triunfo de los cristianos.

Si disuelto el imperio omniada no acabaron de expulsar las razas mahometanas, culpa fué del heredado espíritu de individualismo y de sus incorregibles rivalidades de localidad. Las envidias se recrudecieron despues del triunfo de Calat-Añazor, y los reinados de Sancho y García de Navarra, de Ramiro de Aragon, de Fernando, Sancho, Alfonso y García de Castilla, Leon y Galicia, todos parientes ó hermanos, presentan un triste cuadro de enconos y rencores fraternales, en que parece haberse desatado completamente los vínculos de patria y borrado del todo los afectos de la sangre. Los hermanos se arrojan mutuamente de sus tronos, y los hijos de un mismo padre se clavan las lanzas en los campos de batalla. Ni á las hermanas escudaba la flaqueza de su sexo, y vióse á Urraca y Elvira inquietadas por un hermano en los dos rincones que su padre les adjudicaba para que les sirviesen de pacífico retiro. Y como si fuese necesario poner el cebo mas cerca de la ambicion y de la envidia, los padres al morir partian el reino en tantos pequeños estados como eran sus hijos. Fernando de Castilla no escarmentó en los desastres del error de su padre: cayó en el mismo, y á igual falta correspondieron iguales calamidades. Merced á estas funestas particiones, se encontró la España cristiana, reducida y pobre como era todavía, dividida en seis estados independientes. Por fortuna era harto mayor el fraccionamiento de la España mahometana, y el mayor desconcierto de la una era la salvacion de la otra.

Aunque supongamos hija de la necesidad y obra de la política aquella desdeñosa tolerancia que en los dos primeros siglos de lucha usaron los conquistadores con los conquistados, permitiendo á los cristianos el libre ejercicio de su religion y de su culto los mismos que venian á imponerles otro culto y otra religion, no por eso deja de ser admirable aquel prudente contenimiento, tan desusado de los pueblos conquistadores. Y seria un espectáculo singular ver en las grandes poblaciones alternar el escapulario del monje cristiano con el turbante del musulman, y al tiempo que el sonido de la campana convocaba á los fieles al sacrificio de la misa ó á oír la predicacion del sacerdote de Cristo, la voz de los muezzines estar llamando á los hijos del Profeta desde lo alto de un alminar á rezar su azala en la mezquita, ó á oír el sermón de su alchatib.

Mas tan extraña tolerancia cambió al fin en cruda persecucion. San Eulogio, el campeón impertérrito de la fe, nos ha dejado consignadas en sus preciosas páginas las glorias de los mártires de Córdoba. ¿Seria acaso que él mismo, y otros celosos apologistas como Alvaro, Cipriano y Samson, provocaran el martirio como el único medio de atajar la propension que en los mozárabes de aquel tiempo se notaba á dejarse arrastrar del ascendiente de la civilizacion de los árabes, y á fundirse en la poblacion musulmana por el idioma, por las costumbres, por los trajes, por la literatura y hasta por los matrimonios? Si tal fué su intento lograron cumplidamente, porque la sangre de los mártires abrió de nuevo un abismo entre los dos cultos y entre los dos pueblos, que por otra parte rivalizaban en espíritu y en celo religioso.

Si en Córdoba se levantaba una soberbia aljama ó mezquita, mas grandiosa que todas las de Occidente y rival en suntuosidad con la gran Zekia de Damasco, lugar santo de peregrinacion para los musulmanes como la Meca, en Compostela

se erigia una gran basílica, se descubria el sepulcro del santo apóstol Santiago, y los piadosos cristianos acudian allí en peregrinacion como á Jerusalem ó á Roma. Si cada emir y cada califa enriquecia ó agrandaba el gran templo, ó construía nuevas mezquitas y las dotaba con gruesas sumas de dinares de oro, cada obispo y cada monarca cristiano dotaba con esplendidez una iglesia, ó levantaba una catedral ó fundaba un monasterio. Si el alghieb publicado desde el alminar ó púlpito alentaba á los soldados del Profeta á emprender con vigor una campaña, los soldados de Cristo entraban con ardor en el combate invocando al santo patrono Santiago, á quien veian en los aires caballero en un soberbio corcel y armado de reluciente espada, bajar á ayudarlos en la pelea y á derribar millares de infieles bajo los pies de su caballo; ó bien era San Millan, que se aparecia entre nubes con vistoso traje y armado de todas armas, ó bien San Jorge en caballo blanco y con cruz roja; visiones saludables que les valieron mas de un triunfo. Y si la verdad histórica no admite el milagro de Clavijo bajo el primer Ramiro, solo aquella fe les pudo proporcionar otra victoria en el mismo lugar bajo el primer Ordoño.

Encontrábanse en las batallas los alfakies y alchatibes musulmanes con los sacerdotes y obispos cristianos, unos y otros llevando sobre la vestidura sagrada el armamento guerrero. En Valdejunquera dieron muerte los cristianos á dos doctores del Islam, y los musulimes hicieron prisioneros á dos obispos cristianos. Cuando el conde Armengol de Urgel llegó con sus catalanes cerca de Córdoba, para auxiliara al árabe Muhammad contra el berberisco Suleiman, tres prelados le acompañaban en esta singular cruzada, y todos tres sucumbieron con su jefe peleando como soldados. Si el pueblo ve despues sin sorpresa en el siglo XV al arzobispo de Toledo capitanear los escuadrones rebeldes del príncipe Alfonso contra las huestes de Enrique IV de Castilla; si en el siglo XVI el mas eminente cardenal de España no tuvo por ajeno de su estado ordenar el asalto de Oran con la espada del guerrero ceñida sobre el sayal del franciscano; si mas adelante se vió sin maravilla una legión de clérigos comandados por un obispo defender las libertades de Castilla en los campos de batalla contra los ejércitos imperiales del gran Carlos V; si en el siglo XIX hemos visto á los ministros del altar blandir la lanza y acaudillar guerreros contra las legiones de un invasor extraño, y hasta en nuestras contiendas civiles cambiar la vestidura sacerdotal por la armadura bélica, fuerza es reconocer lo que encarnó en esta clase la costumbre adquirida en aquellos tiempos de celo religioso.

Los pueblos que así competían en devocion no podían competir lo mismo en civilizacion y en cultura. Los árabes con su natural viveza se habian lanzado á la conquista de las letras con el mismo ardor que á la conquista de las armas, y el pueblo musulímico español era un hijo emancipado de aquella Arabia que heredó las riquezas literarias de Egipto, de Grecia, de Roma y de la India. Los califas de Occidente se propusieron que la corte de Córdoba no cediera en brillo intelectual á la de Bagdad, la ciudad de los ochocientos médicos, y de la universidad de los seis mil alumnos. Abderrahman III supo fomentar los diversos ramos del saber humano tanto como Alraschid, y Alhakem II no seria acaso inferior á Almamun, el mas espléndido y el mas sabio de los Abbasidas. Los cuatrocientos mil volúmenes de la biblioteca Merwan son un testimonio del asombroso impulso que dieron á la literatura los soberanos Omniadas. Llevaban tras sí aquellos califas aun en las expediciones militares, gran séquito de médicos, astrónomos, filósofos, historiógrafos y poetas, y do quiera que el jefe del imperio se moviese era como un planeta que se divisaba de lejos por el brillo que le rodeaba ó por el rastro de luz que iba dejando. Examinaremos, no obstante, en nuestra obra aquella cultura intelectual, y veremos si tenia tanta parte de gusto, de raciocinio y de solidez, como de artificio, de atrevimiento y de imaginacion. Y veremos tambien el influjo que ejerciera aquella literatura y aquel idioma en la literatura y en el idioma español.

De todos modos no podía el pueblo cristiano-español nivelarse en este punto al hispano-arábigo, reducido como quedó

aquel con la invasion á la infancia social. Y antes era para él ganar comarcas que crear colegios, primero era existir que filosofar, y la espada era mas necesaria que la pluma. Así con todo, desde Alfonso el Casto, que señaló ya en el siglo IX el cimiento de que habia de arrancar la nueva organizacion del pueblo hispano-cristiano, hasta el XI que marcó una era de mejoramiento material y moral, no dejó de hacer los adelantos relativos que su condicion y la vida activa de la campaña le permitian.

¿Y qué fué de aquella exquisita y refinada cultura oriental que tanto lustre dió al imperio Omniada? Sostenida como él por los califas, se desplomó con su material grandeza. Oscurecerán su brillo póstumo las dominaciones pasajeras de los Almoravides y de los Almohades. En Granada se dejará ver un resplandor que desaparecerá al aproximarse la radiante cruz de los cristianos, y el África volverá á recoger los restos fugitivos de un pueblo que fué culto, y que no hará ya sino vegetar en la barbarie allá en los desiertos de donde habia salido. Así se cumplirá aquella profecía que la indignacion arrancó á un cierto Takeddin cuando dijo: «Dios castigará en la segunda vida á Almamun, porque ha convertido hácia las ciencias profanas la piedad de los musulmanes.» No sabia este celoso ismaelita que no era la piedad del Koran y la civilizacion de la esclavitud la llamada á alumbrar el género humano.

En cambio conquistaba el pueblo cristiano preciosas libertades políticas, y ganaba inapreciables derechos civiles. Gloria eterna será de España el haber precedido á las grandes naciones de Europa en la posesion de esos pequeños códigos populares, que dieron á las corporaciones comunales, á los vecinos, artesanos y cultivadores, un influjo y un poder que no habian tenido en la antigua sociedad germánica, ni le tenían aun en los estados europeos de ella nacidos. Aparecen pues los *Fueros* de Leon y de Castilla, los *Usages* de Cataluña, y las cartas municipales: la Iglesia restablece sus concilios, y el elemento popular entra á hacer parte de los poderes del Estado; merecida recompensa que los príncipes otorgan á los pobladores de una ciudad fronteriza, de continuo combatida por el enemigo y defendida siempre con vigor, ó mercedes hechas por servicios heroicos prestados por los pueblos al trono y al país. A la libertad individual de los godos suceden las libertades comunales y las franquicias civiles, y la España al paso que reconquista va marchando tambien hácia su reorganizacion.

A pesar del fervor religioso que daba impulso y vida al movimiento de la restauracion, la corte romana no habia extendido á la española el influjo y la omnipotencia que ejercia en los estados cristianos de allende el Pirineo. La nacion proveia á su gobierno y sus necesidades, y la Iglesia celebraba sus concilios convocados por el monarca, de la misma manera que lo habia hecho la Iglesia gótica. Por primera vez despues de diez siglos, se pone un reino de España bajo la dependencia inmediata de la corte pontificia. Un rey de Aragon hace su reino tributario de Roma, y otro monarca aragonés, amenazado con los rayos espirituales del Vaticano, se ve obligado á hacer penitencia pública, y á restituir á la Iglesia los bienes que llevado de un celo religioso habia tomado para subvenir á los gastos de la cruzada contra los sarracenos. Mas tarde deja penetrar Alfonso VI en la Iglesia y reino de Castilla la doctrina de la soberanía universal de los papas, tan arrogantemente sostenida por Gregorio VII, el gran invasor de los poderes temporales. El campo escogido para esta primera tentativa fué el reemplazo del breviario gótico ó mozárabe, tan querido de los españoles, por la liturgia romana. En vano clamó el pueblo por que se le conservara un ritual, que miraba como el simbolo de sus glorias. El clamor popular, el juicio de Dios, y la prueba del fuego, que se pronuncian en favor del rito toledano, se estrellaron contra la obstinacion del monarca, que resuelto á complacer al pontífice, decretó la abolicion del breviario mozárabe y la adopcion del romano. El pueblo, entre indignado y lloroso, exclamó: *Allá van leyes do quieren reyes.* Y la frase adquirió desde entonces en España una celebridad proverbial. Las vicisitudes que desde esta primera victoria del poder papal sobre los reyes y las libertades

de la Iglesia de Castilla experimentó en lo de adelante, segun las ideas de cada siglo y el humor de cada monarca, forman una parte muy esencial de la historia de nuestro pueblo.

Bajo la influencia de una reina francesa y á la sombra de un primado de Toledo, tambien francés y monje de Cluny como Gregorio VII, hace al propio tiempo su irrupcion en Castilla la milicia Cluniacense, que al poco tiempo invade las mejores sillas episcopales de la Iglesia española. Y bajo el mismo influjo dos condes franceses, soldados aventureros que vienen á buscar fortuna á España, obtienen la mano de dos princesas españolas, y se hacen troncos de dos familias de reyes de Portugal y de Castilla.

VIII

Era destino de España tener que luchar y combatir siglos y siglos; con extrañas gentes antes de alcanzar su independencia, con sus propios hijos antes de lograr la unidad.

Cuando derrocado el imperio Omniada y conquistada Toledo, parecia no restar á las armas cristianas sino volar de triunfo en triunfo, viene otra irrupcion de bárbaros mahometanos, los africanos Almoravides, numerosos como las arenas del mar que han atravesado. Terribles fueron sus primeros ímpetus. En Zalaca hacen rodar las cabezas de cien mil guerreros cristianos, y en Uclés perece la flor de la nobleza castellana, y pierde Alfonso su tierno hijo Sancho, único heredero varon del trono de Castilla, luz de sus ojos y solaz de su vejez, como él le llamaba. No sucumbió, pero alejése por indefinidos tiempos el triunfo de la independencia española.

Y cuando parecia que el enlace de Urraca de Castilla con Alfonso de Aragon habria de ser el lazo que uniera ambas coronas y el preludio de una próxima unidad nacional, frústranse todas las esperanzas y fallan todos los cálculos de la prudencia humana. El genio impetuoso y áspero del aragonés, y las facilidades y distracciones poco disimuladas de la reina de Castilla, convierten el consorcio en manantial inagotable de discordias y agitaciones, de guerras y disturbios, de tragedias y calamidades sin cuento, en Castilla y Aragon, en Galicia y Portugal, entre esposo y esposa, entre madre é hijo, entre princesas hermanas, entre prelados y nobles, entre vasallos y soldados, de todos los reinos, de todos los bandos y parcialidades: laberinto intrincado de bastardas pasiones, y episodio funesto que borrariamos de buen grado de las páginas históricas de nuestra patria. Matrimonio fatal, que difirió por mas de otros trescientos años la obra apetecida de la unidad española; hasta que otra reina de Castilla y otro rey de Aragon, mas virtuosos y mas simpáticos, y unidos en mas feliz consorcio, enlazaron indisolublemente las dos diademas. ¡Pero han de transcurrir trescientos años todavía!

Por ventura ese mismo monarca aragonés, grande agitador de Castilla, revuelve luego sus armas contra los infieles, y dáse tal prisa á batallar, que con razon se le aplica el sobrenombre de *Batallador*. Conquista á Zaragoza de los Almoravides, la hace capital del reino, y ensancha el Aragon hasta los términos que hoy tiene. Veníanle estrechos al hazañoso aragonés los límites de la Península, y con igual arrogancia salva las Alpujarras y saluda las costas del otro continente, que franquea los Pirineos y toma á Bayona. La batalla de Fraga privó á España de este robusto brazo.

Una solemne fiesta religiosa se celebra en la catedral de Leon poco antes de mediar el siglo XII. Un personaje, que llevaba en sus hombros una rica vestidura primorosamente trabajada, era conducido al altar mayor entre el rey de Navarra y el prelado de la diócesis. Colocábase en sus manos un cetro; en su cabeza una corona imperial de oro puro guarnecida de piedras preciosas. Entonábase el *Te-Deum*, y las bóvedas del soberbio santuario resonaron al grito de: *¡Viva el emperador Alfonso!* España tenia ya un emperador, y este emperador era el hijo de Urraca, Alfonso VII, que sin ser mas que rey de Castilla se encontraba una especie de rey de reyes y jefe de príncipes y soberanos. Rendíale vasallaje los emires de las principales ciudades musulmanas: el rey monje de Aragon se habia puesto bajo su dependencia: el de Navarra le daba por su mano la investidura imperial: reconocíale su primacia los condes de